

GUIA I MARIN, Josep: *De Martorell a Corella, descobrint l'autor del "Tirant lo Blanc"*, edit. Afers, "Recerca i pensament" nº 2, Barcelona 1996.

La tesis que nos propone Josep Guia es la siguiente: aceptemos que Corella es el autor del *Tirant lo Blanc*. Tal propuesta, y dicha así a bote pronto, parece asumir, sin duda, demasiados riesgos de credibilidad. Acostumbrados a reconocer en Martorell y en Galba los coautores del libro, podríamos fácilmente llevarnos las manos a la cabeza y considerar tal aseveración poco menos que una *boutade*. Sin embargo, del estudio de Josep Guia se desprende un hecho fehaciente: la apabullante presencia de textos y fragmentos de obras de Corella en el *Tirant* —en forma de estilemas, frases hechas, proverbios y repeticiones en general— debe llevarnos a replantearnos la hasta ahora aceptada teoría según la cual Joanot Martorell habría sembrado su libro de citas tomadas de Corella con el fin de darle un toque de erudición y de cultura; y debemos reconsiderarla máxime cuando un gran número de interpolaciones corresponden a fragmentos de obras de Corella escritas después de la muerte de aquél.

Son todavía muchos los aspectos que nos quedan por conocer y por investigar relativos a la relación que mantuvieron ambos y al método de trabajo que utilizaban. Si bien es cierto que el papel de Martorell como hábil recreador de las obras de Corella entra plenamente en el marco de actuación de la gran mayoría de escritores —que como es bien sabido se dedicaban a tomar de otras fuentes lo que más y mejor les convenía, sin que esto significara menoscabo alguno para su labor—, no lo es menos el hecho de que, como hemos apuntado anteriormente, muchos de estos "plagios" muestran claros indicios de ser posteriores a la muerte de Martorell, lo cual hace pensar forzosamente en otra mano. Además, si ya no es tan seguro que el manuscrito entregado por Martorell a Joan Martí de Galba en 1464 fuera el mismo que se utilizó para la *editio princeps* de 1490, y si tampoco conocemos los avatares que sufrió el original

desde que pasó a manos de Galba hasta que se publicó, tendremos ingredientes más que suficientes para reconsiderar algunas de las teorías hasta hoy válidas, por supuesto, pero que tal vez exijan otros planteamientos, a la luz de los nuevos descubrimientos que se han producido en el campo de la documentación, y de estudios que, como el presente, quieren ser un paso más en ese camino tan largo que aún queda por recorrer. Si, por otro lado, hoy en día ha quedado descartada la intervención de Galba en la conclusión del *Tirant*, la participación de Corella, como veremos más adelante, cobra todavía un mayor sentido.

El método que utiliza Josep Guia para dar con las innumerables huellas de Corella en el *Tirant* es el denominado *paremiológico*. Como él mismo nos explica en los primeros compases de su estudio, dicho método consiste en fijar la atención en un determinado número de unidades fraseológicas —especialmente estilemas del autor, locuciones, sentencias, fórmulas repetitivas, etc.—, llevar a cabo un seguimiento atento de las mismas ( con ayuda de la informática, en ocasiones, o acudiendo a la memoria ) e ir localizándolas allá donde vayan apareciendo. Suele ocurrir que, a partir de una unidad fraseológica, se descubren textos más amplios. De esta manera, se propuso restituir el texto primigenio de Martorell despojándolo de todos los “añadidos”. Lo que le ocurrió, sin embargo, es que, siguiendo meticulosamente el rastro de Martorell, se dio de bruces con Corella una y otra vez, de manera que a quien realmente descubrió fue a éste.

¿Qué nos muestra Guia en sus primeros escarceos? Pues una serie de hechos bastante evidentes. En primer término, que en el *Tirant* aparecen textos corellanos a los que Guia llama *prescindibles*, esto es, que pueden ser extraídos del texto base en que fueron “depositados” sin que ello afecte al sentido del capítulo. En segundo lugar —y esto ya es mucho más significativo— hay un buen puñado de fragmentos, *imprescindibles*, que no pueden desgajarse del núcleo al que pertenecen porque, entonces, no sólo el discurso general temático se vería privado de sentido, sino que, incluso, nos quedaríamos, en ocasiones, prácticamente sin capítulo. Por último —y esto nos lleva a una comprensión mucho más amplia del fenómeno—, en la parte de texto atribuible a Martorell aparecen claros indicios de rasgos corellanos, tanto léxicos como fraseológicos. Toda esta labor Guia la lleva a cabo mediante un exhaustivo trabajo de cotejo entre el texto de Martorell y las obras de Corella, especialmente las profanas. Hay también un hecho importante en el que hacer hincapié: la presencia constante de la pluma de Corella a lo largo de todo el *Tirant*. Los indicios corellanos no se reducen únicamente a fragmentos y pistas más o menos relevantes, sino que la perfecta trabazón de los engarces sintáctico-semánticos y la cuidada técnica estilística que recubre los más diversos lances, revelan la intervención de una mano que conoce a la perfección el oficio, y pone al descubierto un *savoir faire* que le permite manejar con especial habilidad los hilos tanto visibles como invisibles de un complejo entramado. Difícilmente un “copista” o un refundidor que se hubiera dedicado a arrancar jirones, de aquí y de allá, de unos modelos concretos para luego remendar un texto preexistente,

o bien zurcir el que ya tenía, habría obtenido un resultado final con episodios tan bien trenzados y tan bien cohesionados temáticamente. Esa mano, indica Guia, sólo puede ser, inconfundiblemente, la de Roís de Corella.

No obstante ello, ¿cuándo y cómo empieza la intervención de nuestro maestro en Teología?; ¿qué papel ocupó, entonces, Joanot Martorell y qué respuesta dar a la atribución que él mismo se hace de la obra en el *incipit*?; ¿por qué no figura Corella en el colofón de la *editio princeps* de 1490 y sí, en cambio, consta Martí Joan de Galba? A estas preguntas y a alguna que otra de este jaez da Guia, mediante hipótesis, cumplida respuesta. Veámoslo:

Para empezar, no hay que echar en saco roto la posibilidad de que Martorell y Corella participaran conjuntamente en la redacción de la obra: por un lado, un joven —pero ya consumado lidiador en el palenque de las letras y gran aficionado a “tenyir lo paper”— de veinticuatro años, Joan Roís de Corella, y, por otro, un esforzado caballero —ya entrado en años, pero enormemente baqueteado en el mundo de la caballería— se ponen de acuerdo para escribir el *Tirant*. Martorell aporta básicamente los materiales que conforman la primera parte del libro: de él parte toda la información precisa sobre justas y hechos de arma, su conocimiento de la *Ordre de la Garrotera* y la información de la obra que él mismo tradujo con el nombre de *Guillem de Varoic*, y que Corella debió de contrastar con el *Llibre de l'ordre de cavalleria*, de Ramon Llull. Imaginémonos, pues, a ambos, a partir del 2 de enero de 1460, puestos a la labor, que se interrumpe cuando, a principios de 1464, Joan Martí de Galba toma el libro en prenda. Al morir Martorell, Corella, que sin duda podía tener una copia, lo continuó, dándole una forma y contenido particulares y retocando incluso algunos de los episodios dictados por Martorell. No debemos descartar la colaboración entre Corella y Galba, pues bien sabido es que este último se opuso una y otra vez a que Galcerán de Martorell sacase a pública subasta el manuscrito de 1464.

¿Qué ocurrió a partir de estos momentos? Las hipótesis nos llevan a considerar la posibilidad de que Corella redactase conjuntamente la dedicatoria y el colofón de la obra, entregada a la imprenta antes del 7 de agosto de 1489. ¿Pero cómo explicar que Joanot Martorell sea el que aparezca como autor único y exclusivo en la dedicatoria —“E perquè en la present obra altre no puixa ésser increpat si defalliment algú trobat hi serà, io Joanot Martorell, sols vull portar lo càrrec, e no altri ab mi, puix per mi sols sia ventilada...” — y que, luego, en el colofón a Galba se le atribuya la conclusión de la cuarta parte: “La quarta part, que és la fi del llibre, es estada traduïda a pregàries de la noble senyora Dona Isabel de Lorís, per lo magnífic cavaller Mossèn Martí Joan de Galba? Conviene —nos propone Guia—, para dar respuesta a estas preguntas, echar un vistazo a los últimos años del siglo XV y de la vida de Roís de Corella. Con el Santo Oficio como celoso cancerbero y con el ojo avizor para que ninguna oveja se saliera, con obra o pensamiento, del redil de la Iglesia, a Corella le se le ponía muy cuesta arriba aceptar la paternidad de una obra con un alto grado de erotismo, cualidad que más de alguno habría podido aprovechar para ponerlo en un brete. Por ello, antes de darla a la imprenta Corella se “des-

marca” claramente de la autoría y descarga sobre Martorell, ya muerto, la paternidad de la misma ( “E perquè en la present obra altre no puixa ésser increpat...”). De semejante forma actuó Corella con respecto al colofón, aunque en dos tiempos: en un primer momento, y antes de la muerte de Galba, acaecida el 26 de abril de 1490, no debió importarle demasiado estampar su nombre como autor que había acabado la cuarta parte; sin embargo, al final, y una vez muerto Galba, pudo más la prudencia —o tal vez el miedo— y, por las razones anteriormente expuestas, decidió atribuirle la autoría a éste. El caso, en resumidas cuentas, es que Roís de Corella no quería verse comprometido, y mucho menos en un momento de su vida en que el recogimiento espiritual y su entrega a la redacción de obras devotas podían más que su capacidad, o deseo, para asumir la paternidad de un libro como el *Tirant*.

Otros datos aporta Josep Guia para poner de relieve la escasa presencia de Martorell en la varia fortuna que acompañó posteriormente al *Tirant lo Blanc*. Por un lado, el hecho de que tanto en las diligencias llevadas a cabo por Galcerán de Martorell para recuperar el manuscrito que obraba en poder de Galba —y al que se refiere con “hun llibre apellat *Tiran lo Blanch*”—, cuanto en los documentos posteriores (contratos de impresión, inventario de los bienes de Galba —en el que aparecen los “decem volumina de *Tirant*”—), no consta en lugar alguno el nombre de Martorell como autor. Por otro, el rastro de éste lo perdemos después de la *editio princeps* de 1490, en Valencia, y de la de Barcelona en 1497, toda vez que ni en la traducción castellana, publicada en 1511, ni en la italiana de 1538, ni en la francesa de 1737 aparece el nombre de su autor, pasando a ser, prácticamente, una obra anónima. A este respecto llama poderosamente la atención que el mismo impresor, Diego de Gumiel, que había llevado a cabo la edición de Barcelona en 1497, omitiera en la traducción castellana de Valladolid, en 1511, el *incipit*, la dedicatoria y el colofón. ¿Qué pudo ocurrir? Sencillamente que Diego de Gumiel, al igual que otros impresores, conocía el secreto a voces de los tejemanejes urdidos alrededor de la falsa autoría.

Y puestos a seguir tras la estela de la presencia de Roís de Corella en el *Tirant*, Guia nos aporta el testimonio primoroso del diálogo *humanista* que mantienen unas damas valencianas en *Lo somni de Joan Joan* (1497), de Jaume Gassull:

—Digau, senyora:  
 ¿i vós que sou gran oradora  
 e gran legista  
 que al.legau tant lo Salmista  
 i lo *Tirant*  
 (perquè esta i jo estam altercant),  
 digau-nos com  
 lo déu d'Amor ha nom de nom?—  
 —Digau-us-ho ella,  
 que del senyor Mossèn Corella  
 lig los més dies  
 totes les sues poesies.—

¿Un guiño de complicidad de Jaume Gassull a sus lectores? ¿Estaba aludiendo implícita o explícitamente a Corella, que era el que más sabía sobre el *Tirant*? Hasta ahora, haber asociado a Corella con la autoría del libro atribuido a Martorell y Galba, hubiera sido poco menos que descabellado. Y, sin embargo, no podrá negarse que, tras las diversas tesis e hipótesis desgranadas hasta aquí por Guia, el contenido de la conversación “suenan” de otra manera, casi diríamos que incluso más *lógica*, teniendo en cuenta, además, que la mención a “lo Salmista” podría hacer referencia a la traducción de Corella de los Salmos, que fue publicada aquel mismo año de 1490 por el mismo editor del *Tirant* y perseguida por la Inquisición.

Como bien señala Curt Wittlin en el prólogo del libro que aquí reseñamos, hemos de estar de acuerdo en que quedan todavía un montón de cosas por descubrir en el *Tirant* y que, en cualquier caso, las hipótesis de Guia resuelven más problemas de los que crean. No son pocas, como se indicaba anteriormente, las cuestiones que quedan por resolver. El mismo Wittlin aborda algunas de las mismas en forma de interrogantes: ¿existía en esta época la colaboración literaria entre autores diversos?; ¿discutían entre ellos los proyectos que se traían entre manos?; ¿se intercambiaban manuscritos?; ¿leían sus propias creaciones antes de acabarlas?; ¿qué método de trabajo seguía Martorell y qué hizo desde el 2 de enero de 1460 hasta su muerte?; ¿cómo era el manuscrito que le dio en prenda a Galba en enero o febrero de 1464 pocos meses antes de morir?; ¿qué ocurrió con todos esos folios desde la citada fecha hasta que la obra se imprimió el 20 de noviembre de 1490 cuando se añadió aquel desafortunado colofón? Como conclusión Wittlin nos recuerda que el manuscrito que Galba recibió de manos de Martorell en prenda no es el mismo que el incunable que conocemos de 1490.

Debemos, a mi entender, ahondar aún más en los ambientes literarios y en las circunstancias personales y sociales que rodearon a los hombres de letras de este período y, más concretamente, a los que aquí nos han ocupado. Por su parte, las claves desveladas por Josep Guia han de considerarse, mientras no se demuestre lo contrario, como una aportación muy útil a todos los estudios hasta ahora realizados y como una ventana abierta que nos ayude a entender mejor esas lagunas que todavía aparecen en torno al manuscrito que, en 1464, Galba tomó en prenda a Martorell. Ello mismo, a su vez, debe animarnos a leer el *Tirant lo Blanc* con otros ojos y con las miras, sin duda, puestas en ampliar lo que hasta ahora sabíamos.

JERÓNIMO MIGUEL